

Carta de Medugorje

20-26 Junio 2011

Queridos amigos: Hace unos días compartíamos un grupo de personas sobre Medugorje. La reticencia de los que no han ido nunca, es normal. También alguno de los que habéis estado allí mostrabais cierta perplejidad. Es como si hubiera decaído algo, se estuvieran degenerando ciertas cosas, faltara un magisterio claro o se echara de menos un poco más de apoyo de parte de la Iglesia. Yo acabo de volver con un grupo. La verdad es que hemos vuelto muy bien todos, pero también hemos percibido algunas deficiencias y cambios, que hemos encajado con alguna vacilación. Los que hemos ido ya varias veces tendemos a comparar; los nuevos, en cambio, han estado felicísimos. Más de uno me ha dicho: escribe algo. Yo tenía ya cierta intención de hacerlo porque también me ayuda a mí reflexionar y ponerle palabras a los sentimientos con los que he vuelto. Si ayuda a algunos más, tanto mejor. Lo voy a hacer en forma de carta-crónica.

A las 11, 25 del lunes 20 de Junio de 2011 partimos en un vuelo de Iberia directo Madrid-Dubrovnik. Ese momento significaba casi una hora de retraso. El avión era grande y recuperó en el aire bastante del tiempo perdido. Como siempre, en el aeropuerto cogimos el autobús que en unas cuatro horas nos llevó a Medjugorje, distante unos 125 kilómetros de Dubrovnik. En ese tiempo tenemos que incluir también la comida en un restaurante a orilla del mar. Hacía calor. La carretera es estrecha. Pasa por un paisaje de fantasía de mar e islas, ese día especialmente brillante por el esplendor del sol en el azul del cielo.

No hay playas porque la roca de la montaña cae directa en el mar. Es seco y duro el suelo del paisaje apenas cubierto de monte bajo que crece sin tierra y donde no se ve animal de ninguna especie. El viaje se hace largo y pesado. Pude observar que en pocos momentos encontré el conductor la ocasión de pasar de los sesenta por hora. En el recorrido se pasa de Croacia a Bosnia, de Bosnia a Croacia, y un poco más adelante otra vez de Croacia a Bosnia, con las consiguientes paradas. Dubrovnik es de Croacia y Medjugorje de Bosnia.

La tarde del lunes después de llegar y colocarnos en las habitaciones cenamos y, un rato más tarde, tuvimos la Misa en la propia capilla de la casa de San José, regentada por la célebre Marisa, conocida en todo Medjugorje. Nuestra peregrinación la formábamos unas 48 personas incluida una niñita de ocho meses. En los siete días no la oí llorar ni una sola vez. No sólo no estorbó sino que añadió una alegría especial al grupo. Cuando recogíamos las maletas en el aeropuerto, a la vuelta, después de un día duro y fatigoso, con un calor implacable que desazonaba a cualquiera, al ir a despedirme, la encontré en su carrito sonriente y despreocupada, mirándome feliz, mientras se chupaba el dedito gordo de un pie.

Al día siguiente comenzamos el ajetreo de idas y venidas al santuario, a las diversas charlas y visitas, a las confesiones, los cultos, las apariciones y todo el ambiente y organigrama que configuran los días de Medjugorje. En esta mañana escuchamos la charla testimonio de Ivanca, una de las videntes, que me gustó de una manera especial. Fue un anuncio, un kerigma, una predicación, limitándose a los hechos, sin hacer interpretación alguna, sin sacar conclusiones, sin moralizar ni decir a nadie lo que tenía que hacer. A ella la Virgen no se le apareció por ser buena, ni por luchar contra el pecado, ni por ayunar, ni por rezar por las almas del purgatorio. Se le apareció simplemente porque la Virgen quiso, en pura gratuidad, porque era amada como tú y como yo. Cuando le preguntó a María por qué ella, la Gospa le contestó sonriendo y diciendo: “No siempre elijo a los mejores”.

Esta es la tercera vez que voy a Medugorje. La primera fue en Julio de 2008. Reconozco que fui un poco empujado y con más prevenciones que interés. Los primeros días lo pasé mal, pecando de soberbia y de juicio. Resistí porque me arropaban muchas personas queridas aunque algunas de ellas se debatían en las mismas dudas que yo. Me pareció un lugar de integrista reaccionario, una iglesia del pasado y del más oscuro moralismo. Tantos años le había costado a mi vida salir del perfeccionismo y fariseísmo de las obras, descubrir la ventana de la gratuidad y poder alabar a Dios porque él es bueno no porque lo fuera yo, y ahora, de nuevo, caer en lo mismo, en la misma culpabilidad, en los mismos miedos, en la imagen trasnochada de un Dios que tiene por oficio escudriñar mi maldad para castigarme si encuentra resquicio para ello...

La Misa del domingo ocho de julio de 2008 mi espíritu tocó los infiernos. Entré en crisis total. Destruí con el juicio todo lo que mis ojos alcanzaban a ver. Me decía: “si la Virgen se aparece aquí hay que seguirla, ella viene con la verdad”. Ahora bien, si esa verdad crea este tipo de Iglesia y son ellos los que representan el modelo de cristianismo a seguir, yo no puedo con ello; no sólo estoy equivocado, sino que toda mi vida la siento destruida. Es más, si tengo que hacerme un reaccionario integrista para seguir esa verdad, no me interesa la verdad. Lo malo es que no desear la verdad a esos niveles me parecía y me sigue pareciendo la condenación. Si yo alguna vez me encontrara fuera de lo que yo siento como verdad me vería cercano a la aniquilación. Si la Virgen que se aparecía había creado todo aquel tinglado yo era una absoluta mentira religiosa y metafísica.

No pasaron muchas horas hasta que el Señor tuvo misericordia de mí. Al día siguiente, después de comer, pese a la crisis y al calor que hacía, fui a escuchar a Marija, la primera vidente que oí, y se me hizo la luz en el alma. Vi que había algo limpio, muy limpio, tremendamente limpio en Medugorje. Evidentemente, la iluminación que percibí no me vino al cerebro que es desde donde yo lo había criticado todo, sino al corazón, a mi espíritu. Fue una luz sanadora y pacificadora que me restauró la vida y me abrió todas las ventanas de mi ser. Volví a tomar contacto con la

verdad, cosa que yo necesito bastante más que el comer y me volvió el gozo. Me pareció una nueva experiencia de pentecostés como la que había recibido en la Renovación carismática pero con ciertas peculiaridades porque había en ella mucho de mujer y de misericordia.

Esta crisis y esta luz son para mí esenciales en cualquier interpretación que haga sobre Medugorje. Otros tendrán otros criterios tan válidos o más que los míos pero yo sólo puedo hablar desde lo que he visto y recibido. Dios tiene muchas maneras de hablar y de llegar a los distintos corazones. Como he dicho, escribo porque me lo ha pedido un grupo de personas a las que me debo. Lo hago con inmenso cariño porque la fe de los miles de personas que pasan por allí cada semana se lo merece. Lo hago con gusto porque pienso que hay que ponerle palabras a las cosas, hay que formular las experiencias, hay que aprender a comunicarse espiritualmente con los demás. La Iglesia no ordena como sacerdote a nadie sino después de una larga preparación para que puedan encuadrar dentro de la fe y la tradición el misterio del que van a ser portadores especializados. Cualquier experiencia, incluso la de Medugorje, que no sea bien formulada e interpretada desde una buena teología puede ser peligrosa y derivar en pietismo, fideísmo, devocionismo, moralismo y hasta pelagianismo.

Vivimos en una época en que prima la experiencia por encima de cualquier otro tipo de conocimiento. Hasta la misma Revelación la tenemos que percibir hoy día experimentalmente para que nos diga algo. Lo que no se nos hace vivencia personal, nos cae abstracto y no nos interesa. No aguantamos ni una Misa cuando no nos dice nada. Sin embargo, hay que guardar cierta distancia de las propias experiencias porque no todas son a lo mejor genuinas. Vivimos en un siglo en el que se buscan emociones fuertes, vivencias chocantes, experiencias límites. Medugorje no se parece nada a una facultad de ciencias abstractas, matemáticas o físicas, es algo porque hay experiencia de gracia y de poder.

Es cierto que esta experiencia ha sido colocada al resguardo de la Orden franciscana que es una Orden seria y antigua, pero que debe estar muy precavida y sobre sí misma, no sea que el tesoro que se le ha confiado sufra detrimento por incuria o rutina. Este año la predicación que hubo en las celebraciones parroquiales a las que han asistido muchos miles de personas me ha parecido que no ha estado para nada a la altura requerida, muy al contrario del año pasado. Ha tenido mucho de ideológica y teórica, metiéndonos a todos en unas elucubraciones sociológicas de alto vuelo, algo muy alejado de lo que busca el pueblo sencillo que, a miles, escuchaba con hambre y sed, a la espera de consuelo y fortaleza para su vida. Es cierto que los mejores predicadores, los que tienen el don, porque los hay, están fuera de juego, no sabemos bien por culpa de quién. Las oraciones de sanación, en cambio, aunque a veces leídas, han estado muy ungidas.

La falta de don en los predicadores ha hecho que se note como un bajón en el discurso general del que sólo salvo, gracias a Dios, a los videntes. ¿A qué me refiero al emitir este juicio? Voy a ser muy claro pero sólo para buscar el bien y el cariño mutuo de los que tanto hemos recibido al visitar Medugorje. La primera frase, dura ciertamente, que tengo que decir, es que he oído más veces pronunciar la palabra Satanás que la palabra Cristo. Es más, a Satanás se le percibe activo siempre a la búsqueda de la perdición mientras que a Cristo se le venera e idolatra pero recluido en el sacramento y la adoración. No se nos ha hablado de un Cristo vivo, resucitado, que ha vencido al poder de Satanás, que nos hace vivir por su Espíritu Santo. La vida que nos inculcaban era la proveniente de nuestras cautelas y esfuerzos. Ha habido muchas adoraciones y muchas misas, pero en vez de proclamar el poder de Jesús se nos ha advertido del de Satanás. Si se teme tanto a un ser ya vencido es porque se tiene poca confianza en el vencedor. San Juan dice: *El Espíritu Santo os acusará de juicio, pues el Príncipe de este mundo ya ha sido vencido* (Jn 16, 11). Si esto no se cree, por falta de predicación, es dejar que el dueño de la vida del pueblo sea un hombre viejo que ya ha muerto. Este pueblo se vestirá cada día con el peso de las propias culpas y miserias y se encerrará en el sepulcro sin reconocer que nuestro Dios es generoso y misericordioso, sin

abrir los ojos a la Verdad. No se enterará que sólo por la sangre de Jesús podemos estar desnudos y limpios de todo pecado y cargará sobre su espalda la obra de su salvación sin alcanzarla nunca y despreciando la que Cristo ya le alcanzó.

Una chica de mi grupo me decía: “aquí meten mucho miedo”. Me costaba trabajo hacerle ver lo positivo. Gracias a Dios, al final, lo vio. La Virgen le hizo esa misericordia, como suele suceder, aunque la teología no ayudara mucho. El problema es que se puede estar ungido aunque haya debajo una mala predicación y teología. En Medugorje la Virgen María reparte con el permiso de su Hijo, como dicen los videntes, mucho Espíritu Santo entre los peregrinos. La prueba es la alegría del pueblo. Pese a lo que estoy diciendo en Medugorje había una alegría especial que no puede brotar de otra parte sino de un don de piedad bastante generalizado. Sólo los racionalistas más empedernidos encerrados en sus propios soliloquios se pierden ese gozo especial. ¿Por qué lo llamo problema? Porque mucho del amor de Dios y de la Virgen que hay allí se malgasta en las propias luchas y peleas por una salvación que ya ha sido realizada. No es gozo de plenitud y de paz sino algo muy entreverado de miedo y ansiedad espiritual. La alegría no se percibe como algo venido del Espíritu Santo sino de una adhesión devota a María.

Al llegar el año pasado, oímos decir en la primera eucaristía al Padre Tomislav Ivancic: “No miren ustedes a su pecado, miren los ojos de misericordia con los que Dios y la Virgen los ven”. Una frase así marca una calidad teológica insuperable. Nada semejante, ni de lejos, hemos oído este año. Tengo en cuenta que la evolución religiosa del pueblo bosnio-croata tiene muchas limitaciones. En occidente hemos pasado de una iglesia vieja que utilizaba el miedo, que hacía de los novísimos (muerte, juicio, infierno y gloria) el centro de su pastoral, que sus exigencias morales prescindían de la misericordia, que la salvación dependía de tus esfuerzos, que Dios castigaba sin piedad tu mala vida, a una Iglesia renovada. La providencia de Dios tenía previsto un cambio radical de este fariseísmo mediante el concilio Vaticano II del que brotó una Iglesia nueva. Pues bien, el pueblo bosnio y todo el oriente europeo no se enteraron de dicha evolución y de tal cambio porque estaban sometidos de manera oficial a un férreo ateísmo marxista. El comunismo lo atenazaba todo. No se enteraban ni de las noticias pues todo lo religioso estaba sometido a dura censura.

Si esto es así, es lógico que el lenguaje y la predicación en esos pueblos, deba de ir acomodándose poco a poco a la evolución teológica actual. Frases extraídas de la gratuidad actual, como la citada del P. Tomislav, no pueden ser fácilmente comprendidas por ese pueblo todavía. Hay que tener un respeto con su evolución porque todo requiere su tiempo. Por eso las apariciones de Medugorje son catequéticas y forman una escuela. María va haciendo en esos pueblos lo que el Concilio hizo en occidente. De ahí también que duren tantos años y de ahí también que los primeros grandes sacerdotes, ahora vetados y silenciados, pertenecieran a la Renovación carismática. La gracia y el poder de María irán llevando con el tiempo las cosas a su sitio.

¿Qué sucede con los peregrinos que vienen de occidente? Generalmente la gente que va a Medugorje es devota pero muy poco formada y lo que es más grave de formación y extracción de grupos que no han acogido de buena gana lo que nos ha dicho el Concilio. Son gente que sigue viviendo en el miedo, en el esfuerzo moralista, con muy poca experiencia de gratuidad. El Espíritu Santo para ellos no pasa de ser un concepto y un artículo de la fe pero sin experiencia real de su obrar en nosotros. No viven de los dones del Espíritu ni de sus frutos; son ellos los que se fabrican su esfuerzo religioso. Están a gusto en Medugorje porque la Virgen es madre y la sienten pero apenas pueden entender el punto clave de la espiritualidad de Medugorje que es el de orar con el corazón. Lo confunden con una oración de tipo devoto y sentimental. El problema es que esta gente entiende muy poco y le hacen decir a la Virgen lo que ellos quieren que diga y todo lo interpretan desde sus coordenadas moralistas. No obstante, se enganchan a Medugorje porque su atractivo espiritual es muy grande. La mayoría de ellos se sentían muy a gusto cuando nos decían, porque lo decían desde el altar, que comulgáramos preferiblemente en la boca. Algunos, como me sucedió en alguna confesión, defendían con fuerza que era la Virgen la que lo mandaba.

Aunque este año, como digo, no haya sido el mejor, en Medugorje no se ha perdido nada. La fuerza principal ahí está presente y afectándonos a todos. Sigue la tremenda limpieza de alma y sencillez de corazón de los seis videntes. Sigue la fe en las apariciones, en la misericordia y en el poder de la Virgen. Persisten las ganas de rezar y no ha disminuido la interiorización. Gracias a Dios los videntes no dejan de

utilizar la expresión “orar con el corazón”. Esto en teología significa orar a nivel de don. En Medugorje los sencillos entran fácilmente en este nivel aunque nadie puede acceder por sus propias fuerzas ya que es sobrenatural. Vicka dice que a orar con el corazón no se llega estudiando sino con la oración. En él la experiencia de Dios es elevada por encima de lo humano y comienza el Espíritu Santo a tomar la iniciativa. Es una visión de alta definición que hace verlo todo distinto. Entrar en el corazón quiere decir superar los sentimentalismos, devocionismos, fideísmos baratos, la compra de lo divino con sacrificios personales, con promesas, con la fe esforzada y tensionada, en definitiva, con el empeño humano sentimental y racional de granjearse el favor de Dios. No es que estas cosas sean malas; el que no sepa de otra forma, debe de actuar como pueda. De lo que se trata es que Medugorje nos llama a un nivel más elevado, que es el del corazón.

Cuando el Espíritu por medio de María te da el actuar con el corazón puedes recibir el don de la oración, del rosario, de la confesión, del ayuno, de la conversión y cambio de vida, del abandono y de la entrega, el don del sufrimiento e incluso, por lo que he visto en las confesiones, el don de morir en paz. Cada uno cuando es elevado al nivel del don recibe lo que más necesita en dicho momento. Acceder al nivel del corazón no significa que subas a ese grado en todos los aspectos de tu vida. Puedes tener varios dones y vivirlos con el corazón y, no obstante, faltarte otros como el rosario, el ayuno, el sufrimiento.

Los videntes insisten mucho en pedir los dones de la oración, del rosario, de la confesión y, en un tono un poco más bajo, el del ayuno. Los dos primeros son emblemáticos en Medugorje. Esta aldea es un lugar de oración y de gracia, y muy especialmente del rosario. Así se lo pide la Virgen. En cuanto a la confesión es obvio. El orar desde el corazón o vivir a nivel del don no es posible para las personas que viven habitualmente en un pecado mortal subjetivo. Necesitan conversión, es decir, aclarar y entregar su situación mediante la confesión. Ésta, en Medugorje, no es una práctica moralista sino una exigencia espiritual. Comienza a ser moralista cuando te señalan tiempos y fechas para hacerla fuera de lo que siente tu corazón. El ayuno, en cambio, es una exquisitez o refinamiento del don. Se puede vivir hondamente Medjugorje sin tener ese don. No es nada extraño, por otra parte, que la Virgen lo pida dado el hedonismo, el consumismo y el materialismo de la vida actual. Un crecimiento fuerte y sostenido en la gracia santificante lo exige, al menos, en sentido amplio.

No obstante, nadie está obligado ni debe turbarse si no puede con ello. Es un don. Si alguien quiere ayunar fuera del don, desde sus propias fuerzas, puede hacerlo, pero debe saber que es cosa suya. Si fracasa no podrá echar la culpa a nadie. Conviene sin embargo pedirlo como don para poder hacerlo con el corazón.

Yo creo que en Medugorje se vive en un ambiente de don. Suele prolongarse, al menos, los días que está uno allí. La mayoría de la gente no lo formula porque no tienen experiencia ni están preparados, pero hay suficientes signos. No es nada extraño, por lo tanto, la cantidad de conversiones que suceden. Hay una presencia fuerte que no tiene nada de sugestión. La mayoría de la gente, a veces muchos miles, no tienen nada en común y están liderados por personas muy distintas. Lo único que existe en común es esa vibración ante algo que todo el mundo presiente. Podría decirse que hay un “timo”, que son las apariciones diarias, pero los timos que cambian la vida de uno, y no a peor, no son tales sino gracias.

La gente que no ha estado nunca en Medugorje tiene muchos miedos y piensa en todo tipo de manipulaciones. Desde dentro no se tiene ningún miedo sino plenitud y agradecimiento. Donde actúa el Espíritu Santo la razón no sabe dónde colocarse y por eso se engendran miedos racionales. Los que perciben algo del Espíritu no tienen ningún miedo. Hay dos dones del Espíritu que equilibran el cúmulo de experiencias que allí se viven. Por una parte está el don de inteligencia, por el que entendemos los misterios de Dios. Cuando uno vive desde el corazón, el don de inteligencia coloca cada misterio en su sitio. Desde ahí nadie hace a la Virgen una diosa ni la pone fanáticamente en el centro de su piedad sino que entiende que María es un don del Espíritu y que no nos lleva a ella sino a Jesús. En Medugorje no se crea una nueva religión. Todo lo que sucede allí es un carisma, y nada más, un carisma poderoso, que en la definición de San Pablo es una manifestación del Espíritu para el bien común o el bien de la Iglesia. Dios quiere que en los tiempos actuales el Espíritu ayude y consuele a la Iglesia mediante las apariciones de la Virgen. Perfecto, nada hay que objetar y sí mucho que agradecer.

Otro de los dones con los que el Espíritu controla el sentimentalismo y fanatismo que podría darse en Medugorje es el don de piedad. Con este don te sientes a gusto con las cosas de Dios. En Medugorje funciona dándote ganas de orar, de interiorizarte, de asistir a todo y escuchar todo lo que puedas. Si hay una aparición no te la quieres

perder, si habla un vidente, lo mismo, si es tiempo de Misa o de adoración, allí quieres estar. Esta piedad es incomprensible para uno que viva fuera del don y no perciba el ambiente desde el corazón. Cuando ves a un peregrino que va por lo libre y no tiene ansiedad espiritual es que todavía no ha entendido nada, está en sus razonamientos humanos y por lo tanto en sus gustos. Se puede incluso extrañar y llamar fanáticos a los que son atraídos a todo desde el corazón.

El Espíritu de Jesús resucitado utilizando a María es la base sobrenatural y el eje sobre el que se monta la experiencia de Medugorje. Eso queda completamente claro y ese es el mayor gozo para todos los que hemos sido iluminados allí. A nivel humano, sin embargo, los videntes siguen siendo los personajes imprescindibles. Son los que mantienen el anuncio y el kerigma medugoriano. Año tras año nos siguen contando los hechos. Lo llamo kerigma porque se parece a lo de los apóstoles que, como testigos de la resurrección, nos la anunciaron. Son enormemente parecidos en lo que dicen, como lo fueron los apóstoles. Treinta años sin desviarse, sin acomodar el mensaje, sin interpretarlo a su manera. Hasta ahora, al menos, ni un Judas ha salido de entre ellos.

Para mí son muy importantes. El Señor, primero a través de Marija, dos días más tarde a través de Iván y después, por medio de los demás, porque les he oído y más de una vez a todos, me han infundido la fe medugoriana, si es que se puede hablar de esta manera. Cada vez que habla uno, no me lo pierdo, porque a través de ellos es donde más conecto. Lo que dicen lo siento como palabra viva sobre todo cuando cuentan los hechos. Vicka Ivankovic es a la que más he visto derivar. Tiene la misma teología y habla con las mismas palabras de mi abuela. Dada su formación no se le puede pedir otra cosa. No obstante, está ungida en todos sus gestos, sonrisas, palabras, besos e imposición de manos.

De los videntes esperamos sobre todo los hechos y algunas palabras directas y concretas; ahora bien, cuando se ponen a aplicar lo percibido a las situaciones del mundo real ya funcionan en su nivel cultural. Aunque han aprendido muchísimo de la Virgen porque Medugorje es una escuela o catequesis continuada, un vidente, lo mismo que cualquier otro profeta, está sujeto a sus condiciones naturales, a su lenguaje, cultura y educación.

Nadie entiende nada más allá de su propia experiencia. Por eso el mismo Dios para decirnos cosas nuevas nos hace pasar por experiencias nuevas. No ser cautos en esto entraña un peligro muy real.

Por eso yo creo que, además de lo que les dice la Virgen, la parroquia o quien fuere, debería ponerles al tanto de la teología actual. La gracia nunca destruye la naturaleza ni la sustituye. Dado que las apariciones duran tanto y son como una escuela de espiritualidad, si algún vidente fuera analfabeto debería aprender a leer y a escribir para entender y transmitir mejor los mensajes de la Virgen. Una formación sana es muy conveniente porque, como dice el adagio latino, “lo que se recibe, al modo del recipiente se recibe”. En este tema es donde puede ocultarse un tipo de fideísmo malsano que a muchos les hace decir: “con lo que les dice la Virgen basta”. Sí, pero no; la Iglesia nunca ha pensado así. Este es un terreno en el que pueden brotar muchos fundamentalismos. Lo mismo pasa con la gente al interpretar los mensajes. En Medugorje nunca se podrá decir nada que no esté de acuerdo con la tradición de la Iglesia y con la enseñanza actual del magisterio.

El Papa Benedicto XVI, tiene una teología maravillosa sobre el tema de la justificación que es en la que quiere la Virgen que se interpreten sus mensajes. Coincide con la teología de gratuidad de la Renovación carismática. ¿Por qué digo esto? Porque en los años 1981, 1984 y 1987 se celebraron en Roma sendos congresos internacionales de dirigentes de la Renovación carismática. Yo asistí a los tres. Pues bien, en los tres había franciscanos de Medugorje. Se presentaban como croatas. En el primero, en Mayo, pocos días antes de los tiros que recibió Juan Pablo II en el vientre nadie paró mientes en dichos franciscanos. Aún no habían comenzado las apariciones. Sólo sé que pidieron una oración especial al P. Tardiff por la situación de guerra que se avecinaba en su nación. El P. Tardiff, terminó la oración diciendo proféticamente: “La Virgen os consolará dentro de poco”. Mes y medio más tarde comenzaron las apariciones. De los otros congresos sólo tengo un recuerdo acerca de dichos franciscanos: Los miércoles y los viernes ayunaban a pan y agua, en el comedor común. Una vez, al menos, comí en la misma mesa con ellos.

Hablábamos en alemán. La Virgen les había dado el don del ayuno. De joven había estudiado con croatas en Alemania y siempre me parecieron adustos y muy suyos pero en los congresos más todavía por el ayuno y otros gestos. Ahora los entendería mejor.

Yo no sé cómo se llamaban estos franciscanos, aunque se podría investigar; lo único que sé es que, sin duda, hubo una especial providencia de Dios en el hecho de que las apariciones sucedieran en una parroquia dirigida por carismáticos. El tipo que más me suena es el del P. Slavko pero es posible que también estuvieran en alguno de los congresos los PP. Jozo y Tomislav. Pienso que son cosas que no se pueden despreciar. Las oraciones de sanación, las imposiciones de manos, el orar desde el corazón y muchos otros gestos nos están diciendo cuál es el ambiente en el que la Virgen quiere ser escuchada y entendida. La teología de la gratuidad, tan propia de la Renovación, es el envase ideológico en el que mejor se puede comprender el fenómeno de Medugorje.

La teología de la gratuidad parte del hecho de que Dios toma la iniciativa en todo. Él nos amó primero, el murió por nosotros, el nos busca. No sólo la primera vez sino en cada segundo de nuestra existencia. Nos busca y nos ama, por tanto, tal como somos y tal como estamos. La razón de su amor no son nuestras buenas obras o comportamientos. Aunque estemos en pecado, aunque los sigamos cometiendo, él nos busca y sigue queriendo encontrarse con nosotros. Es verdaderamente el Padre de la parábola que sale todos los días esperando divisar al hijo que vuelve a casa.

Dios por medio de Jesús nos amó cuando éramos enemigos, nos recogió cuando estábamos tirados en la cuneta de la vida. Cargó con todos nuestros pesos y los llevó a la cruz para resucitarlos y, por tanto sanarlos. El tema está en aceptar esta acción salvadora de Dios en Jesucristo. San Pablo lo formula así: si aceptas morir a tus pecados, los sepultas con Cristo, se los entregas, entonces vivirás de su vida, de su poder, y de todos sus dones. El pecado da mucha vida, los hombres queremos ser nosotros

mismos, no queremos ser salvados por nadie. Nos gusta dominar, resolver nuestros asuntos, salvarnos por nosotros mismos.

A mucha gente no le interesa la acción de Dios sobre su vida, más bien prescinde de él y le siente como un estorbo. De esos encontrarás muy pocos en Medugorje. Viven de los intereses del mundo y ponen en ellos toda su esperanza. Otros, sin embargo, más dóciles, son movidos por el Espíritu de Dios y buscan aquello que les complete y llene su alma. De estos van muchos a Medugorje. Necesitan encontrar a un Dios que se les muestre, que les salga al paso, que les convenza de que son amados y valorados. Estos necesitan una teología de gratuidad en la que Dios pueda ser Dios. Tal vez no puedan salir del pecado pero lo desean, al menos inconscientemente, y necesitan algún fundamento estable de su vida.

Muchas veces en Medugorje no se percibe esta orientación teológica, pese a ser la de los primeros intérpretes. Este mismo año nos decía Iván que no nos dejáramos intimidar y engañar, que la Virgen se presenta siempre como madre de esperanza. Las palabras de los videntes suenan a ternura, a intimidad, a confianza con María. La Virgen es un don del cielo, es una embajadora del Espíritu de Jesús resucitado. No viene a llenar nuestra vida de nuevos pesos, ni a cargarnos con tareas insoportables, ni a amenazar o meter miedo, ni a colmar nuestra vida de exigencias éticas o morales, ni a implantar una ley como la de los judíos; viene desde la gracia, desde el perdón y la misericordia. Si alguna vez nos impone algo es para abrir un hueco a la misericordia. Dada nuestra inclinación a buscar nuestra vida, nuestro placer e intereses, a veces nos habla de luchar contra el pecado, de ayunar, de sacrificarnos pero no al mismo nivel. No es una lucha de pecado y contrapecado en nosotros sino de pecado y de gracia. El pecado sólo lo vence la gracia pero no están en el mismo nivel. Si lucháramos contra el pecado y lográramos vencerlo desde nosotros mismos no por eso tendríamos gracia; la gracia y la salvación son puro don de misericordia. La entidad de nuestra salvación no está en nosotros sino en Dios; nuestra justicia no está en nosotros sino en Cristo.

De ahí que los que predicán la ley en Medugorje y dan cancha al demonio y quieren convertir a la gente desde sus esfuerzos y sacrificios y

obligan a confesarse cada semana y a seguir métodos de vida y a llenarse de propósitos y propalan miedos y negruras hablando de terrores milenaristas, son gente que están fuera de toda gratuidad. Esta gente, cuya estirpe ya existió en Lourdes y Fátima, amenaza apocalípticamente con los siete sellos o secretos, las siete trompetas y las siete copas del furor de Dios pero no son más que profetas de calamidades, como decía Juan XXIII. Falsean todos los mensajes y como su discurso tiene apariencia de piedad (Col 2,23), engañan a muchos pobres que, en vez de percibir misericordia cerca de la Virgen, les entra miedo.

Esta gente no es mala; simplemente piensan que nos salvamos por las obras, que el cielo hay que ganarlo, que cuanto más pesado sea el yugo que uno se carga muchos más méritos tendrá. Buscan la bondad en sí mismos, no creen en la sangre de Cristo, no se imaginan a Dios cargando sobre Jesús el pecado de toda la humanidad. Quieren tener su cuota de mérito y de gloria en su salvación. En el cielo no cantarán sólo la gloria de Dios sino que reivindicarán un poquito de la suya. No han entendido el don y, por tanto, nunca orarán desde el corazón. No hacen caso de aquellas palabras de Jesús que dice: "Mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mateo 11, 28-30). ¿En qué consiste este "yugo", que en lugar de pesar aligera, y en lugar de aplastar levanta? El "yugo" de Cristo es la ley del amor, es su mandamiento, que ha dejado a sus discípulos (cf. Juan 13, 34; 15,12).

Medugorje es una gran experiencia. Se siente el misterio de Dios a través de María. Hay multitud de conversiones como podemos atestiguar todos los confesores. Ahora bien, en el momento de explicar esa experiencia y ponerle palabras muchos no saben qué decir y cómo decirlo. Algo llega a ti y te inyecta nueva vida cambiando tu corazón, mas en el momento de contarlo te quedas casi mudo. Lo disfrutas, lo sientes, lo ponderas, lo vives pero los que no hayan tenido las mismas vivencias no te entienden casi nada. No hay una teología debajo que te dé palabras para explicarlo. Lo explicarás desde tu formación religiosa, la que tengas, sea buena o sea mala y muchas veces lo falsearás. Yo me he encontrado con gente que ha tenido una gran experiencia y le he tenido que prestar

palabras para que lo entienda y lo explique. No es ninguna broma tener una buena teología cuando se tiene una gran experiencia religiosa.

Uno de los problemas de la predicación cristiana y sobre todo católica es que presupone la fe en la gente. Por eso, no hace más que catequizar y adoctrinar y moralizar, que son empeños válidos para los que tienen fe pero dejan frío al que no la tiene o la ha perdido o la tiene muy debilitada. Para estos últimos sólo el kerigma tiene posibilidades de llegar, sólo él engendra e incrementa la fe. Ahora bien, el kerigma tiene que ver sobre todo con hechos no con doctrinas. Para los primeros cristianos el kerigma consistía en lo siguiente: “A ese Jesús a quien vosotros habéis matado, Dios lo resucitó y nosotros somos testigos”. Es la notificación de un hecho. Cuando se anuncia el hecho, el Espíritu Santo puede quebrantar el corazón y se produce la conversión.

En la predicación de Medugorje actualmente hay poco kerigma porque ya no quedan testigos, sólo los videntes. Reconozco que disfruto escuchando a los videntes por esta razón que os digo: generalmente anuncian hechos: “Esto nos pasó, esto nos pasa con la Gospa y nos ha dicho tal cosa”. Casi nunca hacen interpretaciones y aplicaciones a la situación actual ni a nada semejante. Hacen bien porque eso no les compete a ellos. Lo suyo es anunciarnos a María. Sabemos que María no es fuente de gracia ni fuente de kerigma pero el Espíritu Santo nos hace ver a través de ella a su Hijo que es la fuente de toda gracia, kerigma y verdad. Lo mismo se puede decir de la Iglesia que tampoco es fuente de gracia o de kerigma pero a Cristo que es la fuente sólo le vemos a través de ella. María y la Iglesia no son fuentes sino albercas, distribuidoras de toda gracia.

Yo disfruto con el reclamo de los videntes porque no he visto en ningún lugar de la Iglesia ni a ningún predicador anunciar más limpiamente el kerigma que ellos. Su predicación me retrotrae al primer siglo de la Iglesia, al anuncio de los que vieron a Jesús resucitado. No contarían más que los hechos. En las primeras eucaristías el apóstol que

fuera contaría simplemente lo que pasó en la última cena. Al contacto de una palabra tan cálida el Espíritu santo infundiría la gracia en los corazones. La palabra cálida de los videntes sigue siendo después de treinta años el vehículo más importante para las abundantes conversiones que suceden en Medugorje. Sobre todo conversiones de los que van a Misa los domingos, que han oído hablar muchas veces cosas de Dios pero no a testigos directos. Cuando habla un testigo se genera un poder sobrenatural que actúa en los oyentes. Por eso, el predicador cuanto más testigo sea, cuanto más haya experimentado de Cristo en su vida, más llegará a la gente.

Los videntes ven a María en fe. Lo importante no es lo que ven sus ojos porque fácilmente podrían ver un fantasma o algún fenómeno parapsicológico. La facilidad de engañarse es total. Lo importante es que ven a la Virgen en fe, es decir, con los ojos y la luz que les da el Espíritu Santo para verla. Es un hecho sobrenatural como todos los hechos de fe. El fenómeno de Medugorje se mantiene por la fe de los videntes. Para mí hay aquí un fenómeno de santidad poco común en la historia de la Iglesia. Es una fe de elegidos, gratuita pero meritoria, y deseo con toda mi alma que llegue a la consumación con el final de sus días. A mí me bastaría la fidelidad de estos treinta años para canonizarlos. Creo que necesitan que oremos mucho por ellos. Cuando les veo y oigo hablar no puedo evitar el imaginarme una historia de gracia maravillosa de Dios con cada uno de ellos.

Treinta años de fidelidad de seis seres humanos cuyas vidas han sido arrebatadas y consagradas por un don especialísimo de Dios. Alguno puede decir: "sí, pero la elección fue gratuita, sin mérito de su parte, eran chicos como cualquier otro". Es verdad, todo es gracia, hasta la fidelidad de los treinta años es gracia, pero pasa por su carne. Todo sucede en la encarnación de estos seis elegidos, en su historia personal. Su carne su hombre viejo seguro que habrá dicho algunas veces: "ya está bien de apariciones, yo quiero hacer mis cosas, vivir mi vida". La gracia es gratuita pero pasa por nuestra carne y nuestra historia. Exige un sí muy continuado que a veces duele mucho y hace sangrar.

Pienso que hay que orar mucho por ellos, para que el Señor les de fidelidad hasta el final. En su fe se mantiene la nuestra. Cierto que lo que se nos ha dado a cada uno es nuestro e intransferible, a mí nadie me quitará lo que he recibido allí, pero les estoy muy agradecido como seres humanos transmisores de una bondad de Dios tan maravillosa como la que ellos ven en María. Me parece una providencia exquisita que ninguno de ellos se haya alejado. Iván dice que ver sólo un segundo a la Virgen le cambia a uno el criterio sobre todas las cosas de este mundo. No me extraña, pero la tentación, sobre todo a esas alturas es muy real. Nosotros no vemos nunca al demonio porque nuestra fe no engendra poder, sino lo veríamos más cerca.

¿Qué pasará cuando falten los videntes o la Virgen deje de aparecerse? ¿Pasará Medugorje a ser un simple lugar de devoción como son ahora Lourdes y Fátima? Yo me siento muy bien en estos dos sitios y oro muy a gusto pero reconozco que el poder ya pasó. San Pablo dice que evangelizó a los corintios con Espíritu y poder. El Espíritu Santo permanece donde se ora y hay gente de fe pero el poder desaparece. En nuestras parroquias existe sin duda Espíritu Santo pero apenas hay poder para cambiar nada, para convertir, para sanar, para expresar un evangelio vivo. Por eso los que hemos descubierto el poder debemos seguir buscándolo siempre. Cuando no existan los videntes ni se aparezca la Virgen, el poder quedará reducido a la predicación, que no es poco, si existe el don.

Permitidme, antes de terminar esta carta, que os cuente un poco de lo que pasó por mi espíritu en esta última visita a Medugorje. Confieso que iba con la ilusión de tener un nuevo encuentro como los he tenido las veces precedentes. Al día siguiente de llegar, a las nueve de la mañana, hablaba Ivanca, una de las videntes, que me gustó muchísimo porque fue un anuncio diáfano de los hechos y de su intimidad con María. Sus palabras bastaron para meterme en la piedad y en la oración desde el corazón; con ellas me ubiqué de nuevo interiormente en Medugorje y empecé a disfrutar de unos días vividos, como digo, desde el corazón o en el Espíritu.

Oraba y disfrutaba pero al paso de los días no sucedía nada interiormente, siendo Medugorje un lugar donde pasan y acontecen cosas. Como no me llegaba vivencia alguna nueva, se me fue imponiendo la idea de la fe. Al principio creía que era una idea, objeto de mi reflexión. Pensaba que la Virgen lo que me quería enseñar era que viviera de la fe, lo cual, con mucho era lo más importante que me podía acaecer. Me venía a la mente la idea de que lo único que nos vamos a llevar al otro mundo es lo que vivamos en éste desde la fe. De la vida sensitiva y racional puramente humana no será asumido nada a no ser lo fecundado por la fe. En mi oración cultivaba estos sentimientos y no me iba mal. Me construían y me hacían sentirme bien.

Hacía unos meses que tenía muy dentro metido el tema de la fe. No una fe de doctrina que asiente a unos determinados dogmas sino la fe carismática de la que habla el Señor cuando dice: "Si tuvierais fe como un granito de mostaza le diríais a este sicómoro arráncate y plántate en el mar y lo haría". La fe así es un don muy especial. Yo lo empecé a sentir esta primavera escribiendo una vida de Santo Domingo de Guzmán¹. Este hombre marchaba en 1216 por el camino de Santiago con otro compañero. Iban cantando letanías y ambos tenían muy buena voz. Unos alemanes que caminaban un poco más adelante les oyeron y frenaron su marcha para ponerse a la altura de los frailes. Les oían muy a gusto y por la noche les agasajaban en las posadas. El cuarto día le dijo Domingo a su compañero: "Vamos a quedar muy mal con los alemanes que tanto nos agasajan. No les podemos ni anunciar a Jesucristo porque no sabemos alemán. Así que hermano, pasemos la noche de rodillas pidiéndole al Señor que nos dé el don de hablar alemán". Al día siguiente en un perfecto alemán les predicaron a Jesucristo y así durante cuatro días. Al final se despidieron muy contentos. Domingo y el compañero nunca más volvieron a hablar alemán. Yo esto siempre lo interpreté como un género literario o una simple leyenda, pero el Señor me dio el don de creérmelo y desde entonces tengo una fe nueva en el corazón.

¹ *Santo Domingo de Guzmán, Fundador de los Dominicos*. Madrid, Edibesa 2011, 296 pp.

Un día asistí a la aparición privada que tuvo Marija. A pesar de que cada día es menos privada por la cantidad de gente que se va aglomerando, quedé muy bien. Tuve que soportar a un monseñor de Roma que traía en un relicario un cabello de Juan Pablo II, recientemente beatificado, que nos daba a todos poco menos que para que lo adoráramos. Pese a todo, como digo, quedé bien y comenzó a imponérseme otra idea: la del poder. Estas dos ideas me parecía que labraban algo en mi corazón bulléndome con fuerza. Las entendía mejor con el corazón que con el intelecto por lo que más que conceptos eran retazos de oración.

Todo ello se me concretó poco antes de marchar de vuelta a Madrid. El viernes por la noche, a las once, tuvo Iván una aparición en el Podbrdo o monte de las apariciones. Yo no subí, ni con linterna siquiera, pues, dada mi edad, la ascensión, con el piso infernal del que está dotada, me podría jugar una mala pasada. Era maravilloso ver desde el pueblo la cantidad de linternas que alumbraban a los miles de peregrinos que sí quisieron asistir. Toda la subida parecía una enorme luciérnaga viva que buscaba sitio para aposentarse. Como siempre después de varias horas de rezo del rosario llegó el momento de la aparición y el silencio se hizo total. Una persona al principio de la cuesta, a más de un kilómetro de distancia, comenzó en ese momento a gritar con sonidos terribles, nada humanos, sino de animal extraño.

A la puerta de nuestra casa esperábamos algunos a los que iban bajando del monte. Llegaron cuatro italianas y una española con el rostro demudado y las piernas temblorosas. Nos contaron lo de los gritos tocándose el muslo y diciendo: “todavía me tiemblan las carnes”. No sabían interpretar lo que había pasado. Yo les dije: “No os preocupéis, es muy normal. En el momento de la aparición, el poder de María hace gritar a todos los poderes contrarios como cuando Jesús caminaba y gritaban todos los endemoniados”. Yo no sé si a las italianas les sirvió de consuelo mi explicación, pero a mí, sí. En ese momento cuajaron en mi las ideas de fe y poder. Me di cuenta de que la fe engendra poder y de que Medugorje es fe y poder.

Desde entonces estoy muy sensibilizado a estos temas que están afectando a mi vida. Creí que este año iba a volver de Medugorje sin vivencia alguna especial, pero siento que estaba equivocado. Siempre esperamos las cosas de Dios a nuestra manera pero nos vienen a la manera de Dios y harta suerte y gracia tenemos si las logramos entender dada la dureza de nuestro corazón y mollera. La fe y el poder en mi vida espiritual y en mi predicación me sirven de mucho ya que puedo orar por la gente con un talante mucho más sobrenatural del que he tenido hasta ahora. Jesús dijo a sus discípulos: “Os doy autoridad y poder sobre todos los demonios y para curar enfermedades; y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar” (Lc 9, 1).

Medugorje no es un simple lugar de devoción, hay mucho poder. Lourdes, en algún tiempo, se significó por las curaciones físicas y, aún hoy día, mucha gente va a bañarse a las piscinas buscando curación. En Medugorje la curación física no ha tenido tanta cancha. Aquí hay mucha sanación interior y conversión. La Virgen trabaja más en los corazones, por eso hay tantas conversiones y vocaciones. De ahí que las confesiones sean tan importantes e imprescindibles. Pero es que además en Medugorje a poco abierto que estés, recibes como una especie de Efusión del Espíritu Santo, un pentecostés que renueva a fondo tu vida.

Esta característica me recuerda el pasaje bíblico de las bodas de Caná. María se da cuenta de que se ha acabado el vino y le dice a Jesús: no tienen vino. El vino de María es el Espíritu Santo. A su ruego, Jesús, que es el único que bautiza en Espíritu Santo y fuego, convierte el agua vieja en vino. A Medugorje llega mucha agua vieja y mucho vino gastado. Por la intercesión de María y la acción de Jesús muchos salen de allí rejuvenecidos y transformados en lo profundo de su ser.

Madrid Julio 2011

Chus Villarroel O.P.